

Eclipses del duelo

No es poco habitual que la clínica analítica nos presente a sujetos en los cuales nos encontramos con trabajos de duelo no concluido o incluso no iniciados, esto me ha sugerido más de una vez la pregunta respecto de que parámetros clínicos tomar para despejar un caso y el otro. Ya Freud había diferenciado entre un duelo normal y uno patológico, entendiendo por este último aquel en los cuales la pérdida en cuestión no ha sido tramitada simbólicamente por el sujeto, o lo que es lo mismo, no fue asumida. Quizás sea posible establecer cierta predominancia de estas coyunturas en la actualidad clínica que transitamos en cuanto podamos establecer una articulación entre esto y aquellas condiciones que produjeron la epidemia de diagnósticos de depresión a la que asistimos.

Comencemos por las condiciones. La contratapa del libro de Philippe Ariès, “Morir en occidente” incluye una afirmación contundente: “Huir de la muerte es la tentación de occidente”. Respecto de esto es que este autor caracteriza una serie de modificaciones en cuanto al modo de abordar la muerte por parte del hombre a lo largo de la historia. Esto justifica plantear la cuestión en términos de una “actitud ante la muerte”¹, aquellos modos temporales, contingentes, que fijaron necesariedades que permitieron a los hombres confrontarse a ese irreductible. Esto, propio de cada época lo ubicamos en un eje diacrónico, algo que se va modificando en función de ciertos cambios que afectan a la estructura del Otro en cada momento histórico. Lo que destaca en su planteo es que las modificaciones se hacen evidentes respecto de los ritos, o sea aquellas escenificaciones que enmarcan un trabajo de duelo.

A los fines de nuestro recorrido tomaremos al siglo XIX como un punto de inflexión, no solo porque es destacado por Ariès sino también por ser aquel momento donde Freud asistió a los seminarios de Charcot en Paris a partir de lo cual comenzó a elaborar lo que luego denominaría Psicoanálisis.

¹ Ariès, P. Morir en Occidente, desde la Edad Media hasta la actualidad. Adriana Hidalgo. Buenos Aires. 2000. Pág. 19.

Antes del siglo XIX nos encontramos con un tiempo muy vasto donde si bien es posible establecer diferentes modos de tramitar una muerte hay una constante, la muerte tenía cierto matiz público, no se la ocultaba. Es más, se la asumía, el moribundo tomaba disposiciones frente a su inminencia. Es la época de las ceremonias públicas en las cuales la habitación del enfermo devenía el escenario central de los rituales. No casualmente esos momentos de borde castrativo como son el nacimiento y la muerte, los velorios, tenían lugar allí. Incluso la presencia de los niños era algo admitido con toda naturalidad. Claramente no es el caso actual, en la biografía de Lacan que escribe Èlisabeth Roudinesco ella cita la amarga queja de este cuando los hijos pequeños de su hija fallecida son excluidos no solo del velatorio sino de lo sucedido a su madre.

La muerte, tanto la propia como la del otro, estaban signadas por una inevitabilidad que relacionamos con la prevalencia de las enfermedades infecciosas, endémicas entonces. Frente a esto fue que socialmente se fijaron una serie de convenciones que eran atinentes a las vestimentas, cierta temporalidad prescripta y algunas obligaciones (las visitas por caso). Estos ritos que bien podríamos calificar de *obsesivos* fueron caracterizando una particular configuración del Otro propia de ese momento histórico.

Este tiempo que llamamos vasto se extiende entre el comienzo de la Alta Edad Media, alrededor del año 476 hasta el final de la Edad Moderna a fines del siglo XVIII y comienzos de la Edad Contemporánea. Nos situamos entonces en ese límite que marcó la revolución francesa que nos parece indisoluble de la revolución industrial en la medida de ser dos momentos del mismo mojón. Destacamos esto por entender que este hito en dos partes implica la puesta en la historia del discurso capitalista el cual creemos esencial a la hora de dilucidar el cambio que, a nivel del Otro, se hace patente desde finales del siglo XIX.

Este siglo es definido como aquel donde aparece lo que denomina “el *duelo histérico*”² (las cursivas son nuestras), uno excesivo, ilimitado que dio inicio al culto de los cementerios. Este calificativo nos concierne, por un lado por oponerse a lo que antes caracterizamos como el *duelo obsesivo*; por otro porque a fines de ese siglo, momento en que Freud asistía a los seminarios de Charcot en París, se produce un giro que Roudinesco en su biografía de

² Ariès, P. Óp. Cit. Pág. 61.

Freud define como una histerificación de la clínica, el paso de una práctica centrada en la mirada a otra que se organiza en relación a la palabra de un sujeto y que, por ende, implica la privacidad. Este movimiento determinará un cambio de acento en cuanto a la responsabilidad del sujeto en su síntoma. Es de destacar el paso de algo que por prescripción debía tramitarse públicamente a la inauguración de un espacio privado.

El siglo XX se inaugura, según Ariès, con la impronta de la censura que sufre la muerte en el intento de eliminarla del ámbito público. Se pretende ocultar su inminencia, se modifican los rituales: las personas van a morir a los hospitales, aparecen los crematorios y las casas fúnebres, y fundamentalmente se conmina a los deudos a cursar su dolor en privado. Es el momento donde los moribundos desconocen su inminente fallecimiento. El punto donde este cambio en los semblantes toca al Otro en su constitución es que acarrea una: "...ruptura con la tradición cristiana..."³. Aquellos ritos que eran prescriptos con carácter obligatorio devienen en adelante prohibidos, por caso la manifestación pública del dolor. Allí donde la muerte sufre esto que denomina una censura hace su aparición un significante nuevo, el fracaso, como aquello a lo que el hombre teme. Este supone alguna ambición o cierta idea de progreso a partir de lo cual conjeturamos una relación entre el cambio señalado por Ariès y el excedente de capital que produce la era industrial.

La caída de ciertos semblantes que estos cambios conllevan afectan a los velos que permitían una escenificación para tramitar la pérdida, lo cual no puede ser sin consecuencias, dice Ariès: "El silencio que en adelante se extiende sobre la muerte significa que esta rompió sus cadenas y se convirtió en una fuerza salvaje e incomprensible"⁴. Una vez que los semblantes caen, la muerte deviene en un componente económico que irrumpe sin ligaduras. Es de destacar que este cambio se produce en el mismo momento histórico, el fin de la Era Victoriana, en la que hay una mayor distensión de los diques sobre la sexualidad. Pareciera entonces tratarse en cada actitud histórica ante la muerte de los diferentes modos en que se anudan contingentemente muerte y sexualidad. Estos significantes, como sabemos, vienen a señalar aquello que Freud ubicó en el límite de lo que no cesa de no escribirse.

³ Ídem. Pág. 76.

⁴ Ídem. Pág. 137.

En la línea temporal que venimos destacando el siglo XX toma lugar como aquel donde el auge de la ciencia alcanza su desarrollo más eficiente y esto en la medida de la imposibilidad de separar el progreso capitalista del avance técnico que la ciencia produce. Lacan a lo largo de su obra destacó el valor que para su planteo tuvo la tragedia antigua, esta le aporta un entramado significativo donde poder deslindar la singularidad de un deseo. El psicoanálisis, en su planteo, queda más cerca de esta al tomar distancia tanto de una ética del amo, propia de la Grecia antigua como de la ética de los bienes, inherente al consumo que el capitalismo promueve. Aquí es donde toma prevalencia ese excedente sobre el que establecimos una conjetura. **Continuemos entonces con las consecuencias.**

El capitalismo en la medida de la globalización, cuyo comienzo situamos a principios del siglo XX, promueve una homogeneización a la par que instala a la plusvalía como causa del deseo. En la medida en que se trata de objetos accesibles en el mercado, o sea que no están perdidos, estos devienen condensadores de goce que encierran al sujeto en un cinismo cada vez más pétreo. Colette Soler en “Declinaciones de la angustia” destaca este problema, en la época de las comunicaciones los sujetos están cada vez más aislados. Refiere allí a un término empleado por Lacan respecto de Joyce, *el bello escabel* el cual viene a caracterizar la infatuación concomitante al cinismo gozoso.

El concepto de insignia en Lacan viene a englobar los términos desde los cuales el sujeto puede incluirse en el Otro: *S1* y *a*. Ciertamente no son las mismas consecuencias si el sujeto se aloja allí a partir de uno u otro término. Nos parece que el predominio de objetos *a* propio del excedente *a* que ya hicimos mención inclina la balanza en cuanto al auge de la posición de objeto del sujeto que se diferencia de aquella posición histórica a partir de la cual Freud fundó el campo del psicoanálisis. Y esto es inseparable de cierta impotencia a nivel del Otro, la no asunción de la función nominativa en la medida en que el *S1* deslinda lugares.

Finalmente, lo no efectuado del deseo conlleva o posibilita una posición histórica, la insatisfacción frente a un deseo no realizado. Esto sucumbe frente a un Otro que oferta objetos bajo la promesa de una satisfacción segura, reduciendo así el deseo a la demanda. Nos parece que el efecto de abulia que esto produce, que bien podría diagnosticarse como depresión, y la recusación o el rechazo de la pérdida es congruente con lo que llamamos eclipse de la función del duelo, entendiendo por este no solo lo que hace obstáculo a la

tramitación de la pérdida de un ser amado sino también el impedimento a un trabajo analítico.

Oscar Quiroga.

Septiembre de 2016.

Bibliografía:

-Ariès, P. Morir en occidente, desde la Edad Media hasta la actualidad. Adriana Hidalgo. Buenos Aires. 2000.

-Clavreul, J. El orden médico. Argot. Barcelona. 1983.

-Lacan, J. El Seminario: libro 10. La Angustia. Paidós. Buenos Aires. 2006.

-Roudinesco, E. Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 2007.

-Roudinesco, E. Freud, en su tiempo y en el nuestro. Debate. Buenos Aires. 2015.

-Soler, C. Declinaciones de la angustia. Collège Clinique de Paris. Curso 2000-2001.